

DE LOS MITOS A LA REALIDAD HISTÓRICA

Ricardo García Cárcel

Universidad Autónoma de Barcelona

En el libro *El sueño de la nación indomable* recorreremos la espesa flora de los mitos contruidos por los políticos de la generación de 1808 y reelaborados por los historiadores a lo largo del tiempo en torno a esa guerra de nombre tan difícil de consensuar. A lo largo de nuestro estudio hemos examinado, en primer lugar, la gestación de la guerra, en la que florecen sobre todo los mitos personales vinculados a unos determinados individuos.

Tres figuras capitalizan esta memoria mítica. En primer lugar, Manuel Godoy, el mito del traidor. Un escalador social y político, sin demasiados escrúpulos, sin miedos en un horizonte cargado de miedos hacia los cambios que se anunciaban en pleno crepúsculo del Antiguo Régimen. Admirado y halagado hasta el éxtasis por no pocos intelectuales que creyeron ver en él la ilusión del cambio necesario y posible, no traumático, aportó, de entrada, su condición de *homo novus*, no contaminado por la lucha de clanes políticos, en tanto que apoyó su poder en la capacidad de fascinación personal que ejerció sobre los reyes Carlos IV y María Luisa. Si detrás de esa fascinación había sexo o no, es, en el fondo, históricamente irrelevante, por más que las especulaciones al respecto hayan sido alimento permanente de la opinión pública, una opinión que a comienzos del siglo XIX va a tener incidencia trascendente en el ámbito de la política.

Desde 1800 la admiración hacia el hábil escalador se troca en envidia y resentimiento, fundamento del mito de traidor, mito resplandeciente en 1808, y del que participaron conservadores y liberales. La raíz del mito es el desengaño de los godoyistas frustrados y la irrupción de una realidad europea, con Napoleón a la cabeza, que desbordaba las capacidades del hábil practicante del juego de las damas, pero estrategia limitado, que era Godoy. Su política concesiva hacia Francia, con o sin intereses particulares de por medio, devino en desastres como Trafalgar y sus conflictivas relaciones con el infante Fernando, que se plasmaron en la confusa Conjura de El Escorial, y acabaron por poner en evidencia ante la opinión pública el auténtico perfil moral del personaje. Cargó con la etiqueta de traidor, que nunca fue una buena definición del extremeño, pero ya se sabe que las representaciones no siempre están

bien ajustadas a la realidad. Y como en el 711 con el conde don Julián, ante un cambio decisivo en la historia siempre viene bien inculpar a alguien del sufrido papel de traidor. Permite la exculpación colectiva por el marasmo sufrido. La ironía en el caso de Godoy es que vivió mucho y tuvo tiempo y medios para contar su propia versión de la historia, para redimirse, en definitiva, de la tal etiqueta. La vocación de arribista Godoy la acabó sustituyendo por la de superviviente. Listo como era, construyó su propia imagen a través de sus memorias que, a la postre, a la luz de los diagnósticos que se hacen hoy de Manuel Godoy, se ha impuesto sobre el aluvión de sátiras y descalificaciones que se lanzaron sobre él, sobre todo desde 1807-1808. La historia, en el caso de Godoy, sí puede decirse que ha acabado desactivando el mito y derrotando a la opinión pública de su tiempo.

El segundo mito personal es el de Napoleón. También, como ocurrió con Godoy, la imagen del corso tuvo su momento dulce, sobre todo de 1796 a 1808. Era entonces para la opinión pública española un tipo fascinante. Joven, poco agraciado físicamente, representaba en aquel momento el símbolo del triunfo militar. Los conservadores lo valoraban porque pensaban que acababa con los miedos generados por la Revolución Francesa. Los primeros liberales glosaban su figura porque veían que era el albacea testamentario de las conquistas de esa misma Revolución. Para todos ellos era la demostración de que los nuevos tiempos permitían que un tipo salido de la nada llegara a donde llegó Napoleón, sólo fundamentándose en su genio militar.

A partir de 1805 empezaron los primeros temores hacia la estrella emergente, temores que fueron creciendo en intensidad hasta 1808. La verdad es que, en el tablero político europeo, en el que tanto le gustaba mover ficha a Bonaparte, nunca se encontró una situación tan propicia para su infinita ambición como la que le brindaron en España las batallas domésticas de los reyes Carlos y María Luisa, con Godoy de gestor de sus intereses, contra el infante Fernando. ¿La invasión de España fue preconcebida mucho antes de la Conjura de El Escorial o fue un puro ejercicio de explotación sobre la marcha de una querrela familiar? ¿El «Plan España» es paralelo al «Plan Portugal» o un sucedáneo de éste? A luz de la capacidad de improvisación de Bonaparte, es posible que todo se decidiera un tanto precipitadamente. No eran la serenidad ni la estabilidad emocional las mejores cualidades de Napoleón, un corso con una egolatría fabricada por su madre y su correspondiente cúmulo de sueños de grandeza ilimitada, pero más dado a explotar coyunturas rentables que no a planificar estrategias a largo plazo. Se manejó mejor siempre en la guerra corta que en la larga, administrando bien las posibilidades

que le ofrecía la diosa Fortuna, pero sin el maquiavelismo suficiente para garantizar la preparación del azar, de la casualidad.

¿Fueron creíbles sus pronunciamientos regeneracionistas respecto a España? En su tiempo sólo lo creyeron los afrancesados, pero es muy posible que, en esto, fuera sincero. Regeneracionista, eso sí, desde el paternalismo, el complejo patente de superioridad frente a unos españoles de los que tenía la penosa imagen que los viajeros franceses barrocos e ilustrados habían dado. A la postre le perdió ese imaginario. Le fascinó mucho, por otra parte, la frontera americana, la creencia en El Dorado del Nuevo Mundo y la rentabilidad que él le podría sacar al mercado atlántico. El sueño colonial. Confundió la indignidad de unos reyes con las capacidades morales de la sociedad española y minimizó el valor-dinastía que en España había supuesto ya una Guerra de Sucesión muy cruenta de 1700 a 1714. Perdió la guerra por demasiado resultadista y pragmático. Vendió eficacia con el gobierno de los afrancesados y se encontró con un país confuso, atropellado, que no sabía bien lo que quería pero sí lo que no quería: a los franceses. Estimuló viejas sensibilidades xenófobas y se encontró con que el futuro no se resuelve sólo en el campo de batalla ni en la acaramelada vida cortesana. Al final acabó en Santa Elena, plenamente consciente de que la guerra de España fue su gran error, el abismo cubierto de flores.

La historia de José I, del hermanísimo, es la de la lucha imposible de la realidad contra el tópico, de victoria del apriorismo sobre los méritos objetivables. Nunca pudo superar el estigma de rey impuesto ni hacer creer sus buenas intenciones y sus capacidades de buen rey al margen de su hermano. Enfrentado a éste por sus constantes demandas de dinero y por su oposición a los planes de fagocitación de parte de España por Francia, acabó solo. Despreciado por los españoles y por Napoleón. Fue un rey prefabricado que se creyó el personaje que le habían hecho representar. Pudo rehacer su vida en Estados Unidos realizando, de alguna manera, el sueño americano del hermano, y fue el Bonaparte más feliz de toda su familia, fuera del escenario de representación que le tocó vivir.

El tercer mito personal es Fernando, como príncipe, un mártir; como rey, el Deseado. Su condición de mártir le vino como hijo de su desnaturalizada madre. Aunque nunca se llegó a convertir a ésta en una Mesalina, la opinión de 1808 se acercaba a este arquetipo. Tantas sátiras despiadadas sobre la sexualidad de su madre debió de oír Fernando que fue el primer creyente en la veracidad de las mismas. Madre e hijo se odiaron y él supo vender la imagen victimista de un pobre adolescente agobiado ante unos padres

déspotas. Una imagen con mucha tradición hispánica (Hermenegildo-Leovigildo; Carlos I-Felipe II; y hasta el Segismundo de *La vida es Sueño*). Del mito del príncipe mártir se pasó sin transición al del rey Deseado. El rey que no había podido reinar más que dos meses, de marzo a mayo de 1808, y al que se le había usurpado el trono en Bayona. Del comportamiento de Fernando en Bayona y del ulterior en su retiro dorado en Valençay, ninguna versión próxima a la realidad se difundió, y así pudo sobrevivir, a lo largo de la guerra, el mito del rey soñado, idealizado hasta extremos de llegar a inventar un Fernando liberal a la medida del imaginario gaditano. La Restauración supondría la gran decepción. El descubrimiento del auténtico Fernando. Sus víctimas en 1814 y 1823 sufrieron dolorosamente las consecuencias de la caída del mito que, sin embargo, no fue del todo enterrado. En los años treinta del siglo XIX dominó la discreción, por las viejas fidelidades a la institución monárquica y porque la emergencia del carlismo hizo pensar que podría haber sido peor. Un triste consuelo.

Si la gestación de la guerra generó mitos adscritos a personas, el desarrollo de la misma traslada el imaginario mitificador a colectivos de muy distinta naturaleza. El punto de partida de la guerra se sitúa en un día, el 2 de Mayo, que se carga de connotaciones simbólicas. Aquel lunes primaveral de Madrid se elevó a los altares, ya desde muy pronto, como *el día* por excelencia de la gran explosión popular contra los franceses. La consagración de un punto de partida y no un punto de llegada como el 11 de septiembre de 1714 para los catalanes. La construcción del mito fue compulsivamente rápida y pronto se irá rellenando de advocaciones institucionales, monumentales y cívicas. El mito, por otra parte, pasará por fluctuaciones múltiples: inflación épica y dramática, ideologización liberal, asepsia apática con reinversiones y refundaciones continuas. La realidad, como suele ocurrir, fue mucho más mediocre. Un motín en el que confluyeron diversas vías conspirativas y en el que no faltó la propia intencionalidad de los franceses en generar una imagen caótica de anarquía capitalizable por Napoleón que tenía, en ese momento, a los reyes secuestrados en Bayona. Un motín polifuncional nada espontáneo, a la luz de los antecedentes que conocemos.

También fue una experiencia directamente incómoda para los liberales, testigos directos de la misma en Madrid (Blanco White, Mor de Fuentes) u observadores lejanos (Flórez Estrada), que obligó a una reacomodación posterior a sus consecuencias. Aquellos primeros liberales buscaron la mejor rentabilización de ese motín en el que, desde luego, nunca habían estado involucrados. El impacto nacional del levantamiento y la represión subsiguiente fue muy grande, y el movimiento social se extendió con

increíble rapidez en buena parte del territorio español, a caballo del vacío de poder abismal en el que la monarquía española había dejado el país.

¿Cuál fue la naturaleza del levantamiento a escala española? Es difícil condensar la pluralidad de expresiones del levantamiento y sus secuelas juntistas en una homogénea explicación. La variedad de situaciones es muy compleja y los estímulos o factores locales condicionaron cada una de las manifestaciones. No siempre hay correspondencia directa entre la naturaleza del levantamiento y la composición de las Juntas Locales. Hubo, sí, entre tantas variantes diferenciales, algunas constantes. El miedo y la irracionalidad de muchos comportamientos, por ejemplo. O una estela de asesinatos nada dignificantes, ni siquiera lógicos desde una óptica revolucionaria. Mucho oportunista sin escrúpulos, muchas tensiones sociales de amplio calado que se vehiculan a través de cauces salvajes, triste avanzadilla de muchos dramas históricos vividos en nuestro país a lo largo de los siglos XIX y XX. Ni la ingenua tesis de la espontaneidad revolucionaria de una cierta historiografía liberal ni la amargada tesis de la conjura sugerida por una cierta historiografía conservadora sirven de explicación suficiente para un fenómeno social tan complejo. Hubo clientelismo y secuestro interesado del movimiento inicial por parte de destacados sectores que nada tenían de revolucionarios, pero también es cierto que el movimiento no puede interpretarse como un puro complot urdido en oscuros ambientes de intriga y sólo protagonizado por mercenarios de la violencia. Ni la épica revolucionaria ni la dramática de la torva conspiración.

El análisis de la trayectoria de la guerra nos introduce en la mitología propiamente bélica. Los protagonistas y sus amigos. Los primeros son tres: soldados regulares, guerrilleros y resistentes a los sitios. La épica del patriotismo se asienta sobre este triple pivote. El primero nos conduce al mito del militarismo español, de las capacidades efectivas reales de los ejércitos españoles, tema últimamente replanteado por Kamen al referirse al Imperio Español de los siglos XVI y XVII y sus recursos militares. Hay una tradición liberal de amplio eco muy dada a minimizar y devaluar, a veces de manera caricaturesca, las insuficiencias militares españolas. De hecho, los liberales administradores del legado de la guerra se movieron siempre en la contradicción de la crítica ideológica al ejército institucional y la necesidad de la fuerza del mismo para ganar la guerra e imponer su propio discurso ideológico. El divorcio del ejército y la sociedad liberal se fraguó precisamente durante la Guerra de la Independencia. La priorización de la guerra o de la revolución generó múltiples desgarros ideológicos. La realidad, a la hora de valorar la situación objetiva del ejército regular, es que, aun con

todas sus limitaciones, que fueron muchas (la guerra se hizo como se pudo, nunca como se debía, ha dicho Cassinello), demostró una permanente voluntad de resistencia que han reconocido hasta sus más beligerantes críticos y, desde luego, fue culpable sólo relativamente de las precariedades que le caracterizaron. Los generales fueron de muy distinto pelaje sin que, desde luego, brillen las capacidades excepcionales de ninguno. Los éxitos fueron contrapesados por los fracasos y viceversa. La limitada capacidad de movilización de la sociedad civil tampoco puede hacernos rasgar las vestiduras. Las resistencias a las quintas las hubo en Cataluña y las hubo en Castilla. Los recursos fueron pocos, y la administración de los mismos estuvo quizás por encima de la capacidad de generarlos.

La guerrilla, frente al mito de la torpeza o carencias del ejército regular español, ha sido sublimada tradicionalmente como la gran aportación española, el órdago hispánico que permitió ganar la guerra a los franceses. La guerrilla constituye un fenómeno muy plural y de incidencia muy variable. Diversidad sociológica, estímulos diferentes, número de componentes por partida muy distinto, efectividad hábilmente hiperdimensionada por los medios, destinos políticos dispares (del conservador Merino al liberal comprometido Empecinado pasando por las dudas del, a la postre, liberal Espoz y Mina). Demasiado ruido periodístico el de las guerrillas, prolongación lógica de la misma épica con la que se involucraron los levantamientos del 2 de Mayo y meses siguientes. La devaluación del mito se impone.

El tercer brazo del patriotismo militar lo constituye la defensa heroica ante los sitios urbanos. Una larga tradición de literatura resistencial respalda esta épica. La conexión con Numancia y Sagunto era inevitable. Como casi siempre, dos ciudades también (Gerona y Zaragoza) serán las principales protagonistas, aunque no sólo los sitios tuvieron por sitiadores a los franceses. Ahí está, por ejemplo, el sitio de San Sebastián por los ingleses. Los héroes de los sitios son siempre los ciudadanos resistentes, el colectivo de defensores, pero no pocos nombres propios afloran sobresaliendo de la colectividad. Un militar frustrado, gris como Álvarez de Castro, obsesionado por la ocasión que la resistencia de Gerona le ofrecía de redimir su mediocre currículum militar. Un soldado afortunado como Palafox con enorme olfato publicitario que, desde que inopinadamente los aragoneses lo elevaron a la cabeza de su Junta, creyó que la historia estaba con él y que sólo le quedaba subirse al caballo de esa historia. Y las mujeres. Nunca éstas habían tenido el protagonismo personal que tuvieron en los sitios. En especial, Agustina de Aragón. Una catalana emigrada a Aragón, de vida familiar

desgarrada, que hizo del heroísmo coyuntural una carrera profesional como militar y una carrera mediática como heroína ante la historia, hasta convertirse en símbolo no sólo de las glorias nacionales, sino de un cierto feminismo que anticipa la liberación de la mujer emergente.

Hemos hablado de los protagonistas, pero también cuentan mucho los amigos. Aquí el mito se ha construido en función de la ayuda inglesa y del papel de Wellington. Es un mito, obviamente, edificado en su origen por los británicos, pero al que la historiografía liberal siempre se ha adscrito en su afán devaluatorio de las capacidades del ejército español y, desde luego, muy influido ya durante la guerra por las sentencias y juicios que hicieron personajes como *lord* Holland, auténticos arúspices pontificadores de lo que debían hacer los españoles. La imagen que los aliados, británicos y españoles, se trazaron entre sí, no pudo ser más peyorativa, salvo escasas excepciones, casi siempre caracterizadas por el paternalismo inglés. Wellington fue un genio militar y un político extraordinariamente conservador que guerreó en España con la misma frialdad emocional con que lo había hecho en la India y sin que la peripecia española le sirviera para metabolizar ni por un momento el drama que estaba viviendo la sociedad local. Se fue como vino: impoluto. Ni comprendió a los españoles ni éstos a él. Sólo tuvo un motor en su vida: derrotar a Napoleón. Lo acabó logrando en Waterloo. Pudo morir tranquilo.

Una vez examinada la trayectoria de la guerra, nos ocupamos del legado ideológico de la misma, que se plasmó desde el punto de vista francés en el gobierno y la cultura de los afrancesados, y desde el lado patriótico en la sublimación de dos conceptos: nación y revolución, que se desarrollaron en el marco de los debates de las Cortes de Cádiz y que tras el retorno de Fernando VII acompañaron permanentemente a los españoles como las asignaturas pendientes que tenían que aprobar ante la historia.

El patriotismo español lo fue en tanto que existió un enemigo: Francia, simbolizada en Napoleón y su ejército, pero también en los colaboradores de los franceses, que encarnaron el mito de la anti-España, los afrancesados. La historiografía ha sido tradicionalmente muy crítica con los afrancesados, los traidores a la identidad nacional, los que no entraron en la órbita de la Guerra Nacional de Independencia. Hoy, aquel estigma moral, que los afrancesados no superaron hasta que Fernando VII les permitió colaborar políticamente con él después del Trienio Liberal, parece definitivamente borrado. La conexión con el liberalismo ilustrado está más que probada, sus motivos son perfectamente comprensibles desde una óptica racional, su amor a España es

absolutamente homologable al de los patriotas más efusivos y su legado constitucional (el Estatuto de Bayona) y sus decisiones políticas (sobre todo los Decretos de Chamartín) son bien valorados. La tipología de los afrancesados es muy plural: creyentes y flotantes, conservadores y progresistas, precoces y tardíos. Las fronteras entre patriotismo y afrancesamiento no son nada nítidas: muchos personajes ambiguos y, desde luego, mucho movimiento a uno y a otro lado de la frontera conceptual del afrancesamiento. La aportación de ex afrancesados como Ranz Romanillos o simplemente ambiguos como Martínez Marina a la Constitución de 1812 fue trascendental. Y desde luego el papel político de los afrancesados, una vez rescatados del purgatorio del exilio, en la España de Fernando VII, es incuestionable.

En la geografía del afrancesamiento y el patriotismo tiene gran interés el análisis de los casos vasco y catalán. Vascos y catalanes recibieron como ningunos otros españoles, por razones obvias de proximidad territorial, los cantos de sirena franceses, que en Cataluña llegaron a derivar en los últimos meses de la guerra en la adscripción de Cataluña a Francia. Los afrancesados vascos (Garat) o catalanes (Puig) tuvieron muy poca fuerza efectiva, y tanto en el País Vasco como en Cataluña no sólo se impuso el patriotismo, sino que de la experiencia de la guerra, con todas las turbaciones sociales que especialmente sufrió Cataluña, salieron estos territorios mucho más integrados y acomodados en el marco de la monarquía española de lo que lo habían estado antes.

Desde la óptica patriótica, como he dicho, conservadores y liberales compartieron la convicción de que la ausencia del rey, por el cual nominalmente, al menos, todos luchaban contra los franceses, imponía un escenario político nuevo: las Cortes. La gestación de las mismas fue muy complicada y el resultado constitucional al que se llegó nunca fue fruto de un consenso. En esas Cortes se debatieron los dos grandes conceptos: patria y revolución, que a su vez han dado lugar a dos grandes mitos. Por un lado, el de la nación indomable, connatural al concepto de independencia; y por otro el carácter polisémico, de muy diversos contenidos, que tiene en España la idea de revolución.

Respecto al mito-nación se imponen varias evidencias. La primera es que el mito nace ya en 1808; no espera a las Cortes de Cádiz, y testimonios de ello hay muchos. Por otra parte es bien patente que el concepto de patria tiene significados muy diversos, de signo receloso, defensivo, xenófobo o también liberal y cívico. La bandera de la soberanía nacional de la Constitución de 1812 fue tejida con muchos paños, aunque tal y como se formuló en los tres primeros artículos de la Constitución fue una conquista

liberal. ¿Adanismo o historicismo? Ni los liberales fueron todos rousseauianos ni los conservadores desconocieron la influencia francesa. Ni sólo ruptura ni sólo tradición. El adanismo liberal, tantas veces glosado, tuvo mucho de escenificación mediática, de algo impostado, muy vendible en tiempos de modernidad y de viejos complejos de inferioridad ante el pasado histórico español. La motivación de la imagen pública estuvo siempre presente.

Sin negar la trascendencia de la frontera ideológica entre conservadores y liberales, se abrió también una escisión entre exhibicionistas y pragmáticos, retóricos efectistas y discretos efectivos. En el bando liberal representan bien los dos tipos personajes como Quintana y Muñoz Torrero, y en el lado conservador un Quevedo y Quintano frente a un Lázaro de Dou.

El historicismo fue utilizado, asimismo, como cobertura de protección. La historia como legitimación. Martínez Marina o Jovellanos fueron, sin duda, utilizados para encontrar en el pasado histórico español los precedentes constitucionales que podían fundamentar el principio flamantemente exhibido de la soberanía nacional. La memoria histórica contó, y mucho. El problema es que nunca fue consensuada como una única memoria. La propia memoria nacional de Martínez Marina era castellanista, la de Capmany era catalanista, la de Jovellanos, asturianista. La memoria conservadora apelaba a las glorias patrias. La memoria liberal, a los perdedores de esa historia, desde los comuneros a los arbitristas, diagnosticadores de los males propios.

La estructuración territorial de la nación no fue resuelta en la Constitución de 1812. Se impuso el jacobinismo porque era necesario para ganar la guerra. El debate unitarismo-federalismo, en lugar de aplicarse al propio territorio español, se aplicó a América, y la consecuencia fue la consolidación de la independencia de los territorios de ultramar. Después de 1814 se consolidaría el fuerismo en el País Vasco y desde luego triunfaría la nostalgia neoforalista en Cataluña. Los fueros se acabarían convirtiendo en presunta vía de encuentro entre carlistas y liberales. El miedo a la modernidad se impuso y el jacobinismo fracasaría porque le faltaba una fundamentación cultural ajena a la propia Constitución. El patriotismo constitucional era demasiado frágil.

El otro gran mito, como ya hemos visto, es el de la revolución, palabra que empezó a utilizarse en 1810 con frecuencia, aunque con significados distintos. Los liberales vieron en ella su meta, su punto de llegada, la conquista del progreso, la auténtica razón de ser del 2 de Mayo de 1808. Los conservadores utilizaron el término para definir su

punto de partida: el levantamiento en pro de valores como Dios, patria o rey, contra la usurpación sufrida. Los afrancesados utilizaron la palabra para diferenciar la revolución buena (la de ellos) frente a la que conduce a la anarquía (la de los patriotas). El sueño de la revolución, entendida por cada cual a su manera, marcó los comportamientos de la generación de 1808. Fue un mito muy útil, como valor de uso, para ideologías muy diferentes. Primero constituyó un arma contra la usurpación sufrida por el rey. Después se convirtió en el horizonte de ilusiones de cambio en las Cortes de Cádiz. Más tarde sería, tras el reinado de Fernando VII, el concepto manejado por los mismos liberales en el poder para justificar su propia acomodación. La revolución pasó a ser de posible en sus años mozos, a imposible en sus años de madurez, y de ese tránsito de la España que pudo ser a la que no pudo ser, naturalmente, se inculcó siempre a los reaccionarios. Al final se dejó a la generación siguiente la bandera de la revolución pendiente. Como hemos visto a lo largo del libro, las fronteras entre los políticos, aparte de la variable ideológica, estuvieron muchas veces determinadas por la busca de la sombra del poder y por el estímulo mediático. Y en función de estos condicionamientos, los políticos de esta generación se escinden en apocalípticos, integrados y desengañados. El peregrinaje fue muy largo.

Todo empezó en 1789. Los ilustrados carloterceristas se encontraron de frente ante un dilema que se había ido gestando a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII: ¿nación española o revolución? ¿Era compatible la apuesta por el progreso, por la modernidad del Nuevo Régimen que se abría en Europa, con la fidelidad a unas esencias nacionales que se identificaban con la monarquía del Antiguo Régimen? La alternativa de la elección entre una de las dos opciones creó infinidad de desgarros. Los apocalípticos, reaccionarios y visionarios, fatalistas unos, ilusos otros, creyeron que todo se quebraba en 1789. Unos se dejaron llevar por el pánico al *horror vacui* y se entregaron al integrismo más reaccionario, como Diego de Cádiz. Los otros se lanzaron a la aventura de irse a la Tierra Prometida de Francia en busca de la revolución naciente, como José Marchena. Los integrados fueron los que, en aquel momento de cambios alocados, optaron por la seguridad del poder cercano. Apostarían por Godoy como el hombre sin miedo, el hombre del cambio necesario y posible. Es lo que hizo Nicolás Fernández de Moratín. De estos integrados en el poder los hubo que pronto se dieron cuenta de que Godoy era un *bluff* y se desengancharon precozmente, con Jovellanos a la cabeza. Otros tardarían más. Se desengañarían sobre todo después de la derrota de Trafalgar, a caballo de la depresión subsiguiente.

Luego llegó 1808 y se convirtió en la puesta a prueba de los perfiles ideológicos y de las estrategias políticas de los hombres de esta generación. Los apocalípticos se diluyeron en el patriotismo emergente de 1808. Los reaccionarios encontrarían en la guerra el escenario ideal para la amortización de sus efusiones sentimentales, la oportunidad para la restauración de los valores de su España imaginada. Los visionarios acabarían integrándose fácilmente en la España del poder afrancesado junto a los integrados godoyistas. Entre la alternativa nación-revolución, los primeros apostaron rotundamente por la nación, mientras los segundos sacrificaron la nación en el altar de la revolución soñada.

Los integrados godoyistas, que no sabían dar un paso si no era a la sombra del mecenazgo oficial, pasarían del godoyismo al afrancesamiento sin transición. Fueron siempre posibilistas minimalistas. Creían, al optar por José I, que garantizaban unas conquistas sociales y culturales necesarias, al margen de cuestiones de legitimidad o procedimiento. Relativistas confesos, nunca se desengañaron, porque siempre fueron escépticos o pesimistas históricos. En cambio, los desengañados del godoyismo, más precoces o más tardíos, como Antoni de Capmany o Gaspar Melchor de Jovellanos, optaron por jugar la baza patriótica, y desde la patria se lanzaron a la construcción del constitucionalismo gaditano. En el transcurso de las Cortes, los más viejos acabaron quedándose en el camino y entonando el «no es eso, no es eso». Los más jóvenes, los liberales arquetípicos, con Manuel José Quintana a la cabeza, creyeron encontrar la gran solución a sus cuitas, la superación de los viejos complejos de soledad y subdesarrollo, la salida a su triste experiencia dialéctica con el poder, en el escenario de las Cortes, en el marco de un constitucionalismo fabricado sin la sombra del rey. No contra el rey, pero sí sin el rey. Creyeron ser libres, autónomos, independientes para construir una España en la que fuera posible la compatibilidad entre una autosatisfecha conciencia nacional y unos logros progresistas a la medida de los intereses de la burguesía de propietarios que ellos representaban y que reivindicaba por primera vez un papel en la historia de España. Salieron del desengaño con Godoy para ilusionarse apasionadamente con una España liberal, la España de sus sueños.

El balance gaditano no es una maravilla de conquistas progresistas. Fue el triunfo del reformismo. Cambios adaptados en todo momento a las peculiaridades nacionales e históricas de España. Su mayor esfuerzo radicó en la compatibilización nación-revolución, asignatura pendiente, como decíamos, desde hacía medio siglo. Momentáneamente se desacomplejó la identidad española de cualquier connotación

reaccionaria. Progreso y nación parecieron conjugarse con todas las limitaciones y contradicciones internas. En cualquier caso se obligaría a la monarquía del Antiguo Régimen, a medio plazo, a acabar asumiendo que ya nada podía ser de la misma manera. No fue fácil. Hubo que pasar por no pocos calvarios previos. La generación de 1808 tuvo que quemarse por el largo camino de la historia.

Por lo pronto, los doceañistas sufrieron la gran decepción de 1814, al descubrir la auténtica personalidad de Fernando VII en el marco de una represión feroz y la liquidación a destajo de sus tímidas conquistas. Ese año supuso una nueva encrucijada con el consiguiente aluvión de definiciones políticas autojustificativas. Empezaron con los exámenes de conciencia los afrancesados, como hemos dicho continuadores de los integrados godoyistas. Las fronteras de los afrancesados y los patriotas no siempre estuvieron bien marcadas. Es cierto que los primeros jugaron la carta de José I y los otros la del patriotismo constitucional, pero todos ellos coincidían en su vocación reformista y abundan los ejemplos de afrancesados que se pasan al bando patriótico -y lo contrario- por factores puramente aleatorios. Los afrancesados fueron pragmáticos; los otros lo acabarían siendo también. Les separó siempre el termómetro de la pasión. Los afrancesados nunca se ilusionaron apasionadamente y por lo tanto tampoco se desengañarían rotundamente. Los otros sí, demasiadas veces. En 1814 los afrancesados que habían salido de España un año antes, siempre fieles a su condición de integrados políticos, ya quieren volver a España y colaborar con el poder. Así se lo manifiestan en sus representaciones a Fernando VII. Éste, fiel a su condición de malo de la película, retrasó su inserción en el poder todavía unos años.

En 1820 los liberales tuvieron su segunda oportunidad. El cartero llamó a la puerta de esa generación dos y hasta tres veces. De los doceañistas brillaron en ese momento sólo algunos hombres: Álvaro Flórez Estrada, Agustín Argüelles y pocos más. Los hombres de Riego no eran precisamente los más destacados doceañistas. El desengaño de los liberales había empezado a surtir efectos ya desde 1814. La experiencia del Trienio fue corta y, desde luego, negativa. Mientras los liberales volvían a salir de España en 1823, cargados de frustraciones, nuevamente desengañados, los afrancesados, definitivamente, volvían a España. Éstos no estaban sentimentalmente unidos a la Constitución de 1812, podían ser revisionistas sin sonrojo alguno. Tenían ya muy asumido el estigma de traidores como para acomplejarse por colaborar con Fernando VII. Y se lanzaron a participar en el gobierno de éste.

Los liberales doceañistas se dividieron después de 1823. Los menos se deslizaron hacia el apocalipticismo enarbolando la bandera de la revolución pendiente, como Joaquín Romero Alpuente, Eugenio de Aviraneta y Juan Van Halen. La mayoría no hizo otra cosa que esperar ansiosamente a que se muriera Fernando VII preparando el regreso físico y político. Su tercera oportunidad.

El carlismo se convertiría a la muerte de Fernando VII en la gran coartada justificativa para la nueva apuesta política de estos liberales. La presión de la extrema derecha les proyectó al centro político. Y en los años treinta se dedicaron a cultivar la memoria histórica al servicio de su memoria personal. Sin nostalgia alguna de los tiempos vividos, buscaron acomodarse ante la historia. Quedar bien, con buena conciencia de sí mismos. Salvaguardando en todo momento sus buenas intenciones como el principio que había determinado su conducta política, descubrieron con retraso el pragmatismo de los afrancesados y lo aplicaron en su vejez. Ahí están los Toreno, Martínez de la Rosa o Alcalá Galiano. Pasaron a ser los nuevos integrados en el nuevo poder.

El itinerario político de esta generación de 1808 no estuvo exento de críticas. Las recibieron durante las Cortes de Cádiz de algunos de sus compañeros de viaje como Jovellanos o Capmany, embarcados en una causa que no era la suya. La sufrieron también de algún desubicado, atormentado, como Blanco White, que nunca se creyó el discurso moralista, retórico y efectista de Quintana y los suyos. Y volvieron a padecer el impacto de la crítica, ya en los años treinta, por parte de románticos nostálgicos, también desubicados, como Larra o Espronceda. Pero ya nada alteró la buena conciencia política de esta generación en sus últimos años. La desertión de los intelectuales del Antiguo Régimen que había protagonizado esta generación devino en integración más o menos feliz en la España de la regente María Cristina.

El liberalismo de ideología pasó a ser estética. Y hubo que esperar a la generación de 1868 para encontrar nuevas motivaciones de lucha con nuevas ambiciones no contempladas por la generación liberal anterior: el republicanismo y el federalismo. La nación española, cuya legitimidad jacobina habían reafirmado los hombres de 1808, había quedado difuminada por la reacción defensiva fuerista que Fernando VII había promocionado porque le venía bien para hacer olvidar los sueños de revolución. La nostalgia foral como alternativa a los ideales revolucionarios. Mirar el pasado para no mirar el futuro. La generación de 1868, marcada por el fracaso de la generación de 1808, buscaría un nuevo proyecto político, esta vez ya no sin el rey, sino contra la

monarquía, y ya que el modelo jacobino no había prosperado se apeló al otro extremo: resucitar el modelo austracista de la España federal. Pero esa es otra historia.